



30

SIMPOSIO DE LAS AMÉRICAS

Violencia y agresividad en la adolescencia

Notas sobre la metapsicología y psicopatología de la violencia

SIGNOS

ASBED ARYAN*

La sociedad disciplinaria,
descrita por Michel Foucault, donde:

“La negatividad, genera
locos y criminales.

La sociedad (actual) de
rendimiento, por el contrario,
produce depresivos
y fracasados”.

BYUNG-CHUL HAN

INTRODUCCIÓN

El tema de estas Jornadas es muy amplio y a la vez muy importante para entender a los adolescentes de hoy en día y tratar de ayudarlos.

Es habitual englobar las distintas formas de comportamientos agresivos de estos jóvenes bajo el título general de “violencia en la adolescencia”, ya que abarca no sólo sus aspectos personales, sino que además tiene implicaciones sociológicas y jurídicas. Sin ir más lejos, todos los días y a través de los distintos medios de comunicación, los diarios, revistas, la televisión, somos testigos de múltiples episodios de violencia donde los adolescentes son a veces protagonistas activos y otras veces víctimas.

Si bien es habitual, no es conveniente entonces apresurarnos en ubicar la violencia en algún área particular, porque *nunca hay violentos sin violentadores*, sea en el mundo externo, sea en el interno.

De manera que, para abordar el tema, es conveniente partir de la idea de que, más allá de la modalidad de su presentación y quién es sujeto y quién objeto, la violencia es la característica de algo o alguien que actúa con fuerza sobre lo que está en su proximidad.

*Asbed Aryan
Psicoanalista didacta
de la Asociación
Psicoanalítica de
Buenos Aires (APdeBA)

asbed22@gmail.com

dad y se impone para transformarlo. Así la vida misma, podríamos pensar que es violencia que procede de transformaciones permanentes de la materia.

Piera Aulagnier ya inaugura la humanización de la cría humana como *violencia primaria* (P. Aulagnier, 1977). Plantea que el niño se enfrenta a un discurso y exigencias que exceden sus posibilidades de saber y de operar. Esta insuficiencia originaria es cubierta *por y se enlaza a* las palabras, las nominaciones, afirmaciones, definiciones que aporta la madre en su encuentro con su bebé. Esa oferta de sentido que hace la madre subjetiviza al niño y transforma en accesible y compartido lo que hasta ese momento era impensable. Esto ya es una primera forma de violencia sobre el bebé humano, porque éste es totalmente ajeno a su condición animal natural que, sin concesiones, se le impone y que él debe aceptar pasivamente. En ese momento el desamparo del niño es cubierto por el amparo del otro primordial (la madre) que es a la vez quien impone esta violencia primaria constitutiva. Dicha violencia constitutiva es el único momento que puede considerarse como positivo y trófico para el sujeto. El resto de las circunstancias posteriores, que implican las familiares y las sociales, configuran diversos tipos de patologías según los distintos niveles de intensidad de dominio e imposición contra la reacción. Es la violencia secundaria.

Podemos decir entonces que la violencia y la agresividad en la adolescencia son producto de un entrecruzamiento entre la tensión psíquica del individuo y la tensión social (Aryan, A., 1998).

Las motivaciones que activan la violencia

Nuestra preocupación clínica generalmente nos lleva a examinar la violencia (y la agresividad) desde la perspectiva del obje-

to que sufre, y así se enfatiza su grado de destructividad. Pero si en vez de este enfoque de preocupación por el destino del objeto violentado, analizamos la violencia y la agresividad adolescente desde lo que significa para el sujeto violento, podemos entender un poco más y de mejor forma las motivaciones que las activan y la funcionalidad que cumplen.

Mi interés clínico es mayormente este aspecto dentro de la vastedad del tema. Una razón importante, entre muchas otras, es cómo transformar en un instrumento útil la contratransferencia que surge cuando trabajamos con adolescentes directa o indirectamente violentos y agresivos. Es necesario hacer un doble esfuerzo de toma de distancia emocional empática y tener una actitud de imparcialidad para lograr alguna comprensión efectiva.

Al observar la violencia primaria constitutiva, vemos que existe una especie de relación en espejo entre quien actúa esta violencia (la madre) y quien la padece (el bebé). Es tan complementaria esta relación que P. Aulagnier considera que gracias a ella se constituyen las zonas de encuentro, como es el acople boca-pecho-pezones. Esta relación muestra que la temática narcisista está en juego. Es el equivalente a la mirada y rostro de la madre que considera Winnicott (1972) o el estadio del espejo para Lacan (1949).

Uno se siente violentado cuando es negado como sujeto, como sujeto deseante o negado como sujeto que es. Partiendo de la idea de que lo narcisista está presente, lo que nos provoca la violencia es el sentirse in-existente como sujeto, de no ser tenido en cuenta como sujeto y ser tratado lisa y llanamente como un objeto material útil o inútil. Parece que el núcleo de la violencia reside en este *proceso de desubjetivización* (Ph. Jeammet, 2002), de negación del sujeto, de sus pertenencias, de sus deseos y aspiraciones propias. Win-

nicott (1972), a lo largo de toda su obra, considera central el concepto de *continuidad del sentimiento de SER*. Meltzer (1967), a su vez, desde su forma de evaluar la clínica, considera muy importante si el *centro de gravedad de la experiencia de identidad* cambia o no, o si se pierde.

A diferencia de la violencia, que es simplemente destructiva y busca la aniquilación del objeto amenazante, la agresividad sirve para transformar el balance del displacer/placer dentro de las distintas áreas de funcionamiento psíquico, de autoconservación, sensual/sexual y narcisista, que en su articulación conforman el psiquismo (H. Bleichmar, 1997). Mientras que el comportamiento violento busca compensar la amenaza sobre el Yo y su posible colapso, imponiendo su dominio sobre el objeto desestabilizador. Éste puede situarse en la realidad externa pero también a nivel interno, por la emergencia de deseos sentidos como una amenaza para el Yo (desequilibrios narcisistas).

Otra observación clínica nos muestra que lo que vive el sujeto que padece la violencia está relacionado con lo que vive el sujeto que actúa esa violencia. La puesta en escena de la violencia es una manera de recuperar el dominio sobre algo que el sujeto violento ha tenido la sensación de perder.

De modo que esta forma de recuperar el dominio, haciendo padecer al otro lo que se ha padecido, podría ser el hilo conductor común a todos los actos violentos, y esa violencia puede dirigirse tanto hacia los otros como contra sí mismo (Ph. Jeammet, 2002). Dice Freud (1915) en *Las pulsiones y sus destinos*: "Se puede sostener que los verdaderos prototipos de la relación de odio no provienen de la vida sexual sino de la lucha del Yo por su conservación y su afirmación". El odio es tratado como una respuesta del Yo en su lucha por su conservación y su afirmación.

La funcionalidad de la violencia

Antes de pasar a la funcionalidad de la violencia, tal vez es el momento de aclarar la diferencia entre violencia y agresividad con mayor precisión. A primera vista se puede pensar que son grados de fuerza aplicada. Pero es mucho más que eso.

Existe una relación dialéctica entre la violencia y la inseguridad interna. Cuanto mayor es el sentimiento de vulnerabilidad del Yo, de amenaza sobre sus límites y su identidad, mayor es la necesidad de compensación mediante conductas de dominio sobre el otro y sobre sí mismo (Ph. Jeammet, 2002). La violencia está al servicio de la destructividad posible del objeto, es la intencionalidad de un Yo desbordado que ya no puede controlarse y desprovisto totalmente de otro recurso, intenta destruir el objeto amenazador. Por esa razón es que en la clínica vemos diferentes tipos de *acting out* y pasajes al acto.

Mientras que la agresividad no se da en un Yo en pánico totalmente desprovisto de recursos, para el sujeto es una forma de intentar superar un obstáculo que se opone a sus necesidades, una forma de afrontar un objeto amenazante, de protegerse de peligros internos que amenazan su integridad. Es decir, se trata de un Yo que se siente con ciertos recursos para pensar y negociar con el objeto desestabilizador, siempre que pueda tener el dominio de la situación. Desde esta posición, la agresividad no es patológica de por sí y llega a adquirir tal carácter sólo cuando el medio circundante o el objeto significativo son inadecuados a su postura (Winnicott, 1965).

Por otra parte, es cierto que tanto la violencia como la agresividad tienen también su costado innato y destructivo que debemos contemplar; esto se ha conceptualizado como pulsión de muerte o de

destrucción¹ (Freud, 1920; M. Klein 1935) un concepto muy complejo que merecería otra conferencia comenzando por la bipulsionalidad. Mientras podamos, es conveniente encontrar explicaciones metapsicológicas especialmente dinámicas y estructurales que nos posibiliten organizar estrategias y aplicaciones clínicas.

La clínica

Cuando vemos en la consulta a un adolescente con fantasías o conductas agresivas incluso violentas, debemos enseguida preguntarnos: ¿de qué tiene miedo?, ¿qué es lo que lo asusta, incluso lo aterroriza? Y abocarnos a examinar la desestabilización de la imagen narcisista que nos dará indicadores de la reactivación de la angustia de aniquilación primaria (Willy Baranger, 1983).

¿Por cuál razón se abruma su Yo?

a) ¿Los cambios de su cuerpo con los que no sabe qué hacer? ¿Éstos han sido graduales o repentinos? b) ¿Humillaciones de su amor propio en relación a su potencia/poder o el descubrimiento de algún saber, de algún conocimiento asombroso hasta entonces ignorado? c) ¿Sistema de identificaciones con padres agresivos? d) ¿Un entorno social intrusivo, amenazante, que realmente lo violenta? e) ¿Teme a su soledad frente a un entorno que lo ignora o le es indiferente?

Para evaluar el grado de su subjetivización y sus posibilidades terapéuticas, es necesario precisar el interjuego de las características de su entorno, especialmente la familia, y con las posibilidades que tiene su Yo de evolucionar en su preocupación

¹ Pulsión de muerte: muy suscitadamente, es la compulsión a la repetición de evacuar los elementos no simbolizables, más allá del principio de placer/displacer y que buscan su descarga porque producen angustia de aniquilación.

tanto por sí como por los demás, y no sólo convocar la preocupación de los demás.

* * *

¿Cómo se establece la narcisización trófica?

A diferencia de otros mamíferos, el ser humano tiende a la posibilidad de la *actividad reflexiva* porque si bien nace con una inmadurez motora y tiene una dependencia absoluta con el entorno, tiene mucha más madurez sensorial. De modo que antes de poder abastecerse con la capacidad motora, ya puede auto-observarse, es decir, muy pronto adquiere la conciencia del deseo, la conciencia de sí y, por ende, la de la herida narcisista, ya que su actividad reflexiva lo pone en contacto en primer lugar tanto con su finitud como limitaciones, y que necesitará de los demás. Con esta conciencia reflexiva, nace la necesidad de compensar la herida narcisista por medio de la relación de apego y por el sistema de valores. Pronto este sistema se transforma en uno de los grandes reguladores del equilibrio narcisista. Cuando los valores en los que uno cree, los ideales, se alteran, es la imagen de sí que se derrumba. Y este derrumbe narcisista es susceptible de generar reacciones violentas. Esto es lo que se observa como predisposición desde la temprana pubertad.

De modo que, al poco tiempo de nacer, la vida del bebé humano está regida por dos amores: el amor a sí mismo y el amor de sus padres que juntos arman su organización narcisística, su sentimiento ilusorio de identidad y representación imaginaria de sí mismo. El niño, con mucha alegría, se ve reflejado en la mirada de los padres, especialmente de la madre que lo confirma [Lacan (1949), Winnicott (1971), P. Aulagnier (1977)], y gradualmente aprende que si hace lo que a los padres

les gusta y esperan de él, será querido y protegido por ellos. Esta es una promesa característica del mundo narcisista: sentirse protegido y garantizado. Pero también es la primera fuente de violencia.

Para el bebé es imprescindible que la madre lo quiera y le proporcione esa ilusión de sentirse omnipotente y completo [Winnicott (1971), Bion (1962)], ya que esta sensación de plenitud, aunque ilusoria, lo protege de la sensación de indefensión absoluta que su inmadurez biológica le causa. Sin embargo, aunque imprescindible, esta promesa de los padres resulta la primera fuente de violencia, porque es una promesa imposible de cumplir, ya que siempre le fallarán en algo y entonces ganará terreno la angustia causada por la indefensión biológica, una angustia automática (angustia de aniquilación) y sentimiento de desamparo donde todavía no media el pensamiento reflexivo. De todas formas, a medida que el niño va adaptándose a las normas que los padres implementan, así como a los ideales que tienen, y los va incorporando, se siente querido y se afianza su autoestima. Progresivamente, va armando una representación de sí y se ve reflejado en los padres, gracias a las identificaciones de sus imágenes y, gradualmente, a sus normas e ideales.

Esta estructuración narcisista pacificadora es la compensación de aquella primera violencia, pero que ya lleva implícita una segunda. Corresponde a la desilusión de su omnipotencia cuando, bajo amenaza, recibe también la máxima prohibición, la prohibición del incesto, la prohibición de creerse dueño absoluto de la madre. De manera que, junto a la imposición de esas normas e ideales que son prescripciones, recibe también el mandato de una prohibición absoluta. Esto es lo que se ha llamado "la Ley del Padre". Muchas trasgresiones tienen como trasfondo el conflicto y la lucha contra esta prohibición.

Aquí también, felizmente, hay una segunda compensación para esta segunda violencia. Ya que, acatando esta prohibición, se constituye el deseo humano y aparece la posibilidad de su socialización. De manera que la cría humana, debido a la primera violencia, se humaniza y, por medio de la segunda, se socializa. Con este mensaje social se incorpora a la Cultura. Pero también qué paradoja: vemos que el ser humano es un ser social y cultural marcado por violencias implícitas contra su ser natural.

Podemos concluir que ser *homo sapiens* y pertenecer a la Cultura y la Sociedad alberga indefectiblemente el empuje de volver a sus orígenes prehumanos, y también contiene la agresividad por las decepciones de las promesas narcisistas, es decir, de todo aquello que el individuo, una vez humanizado, querría ser y creía poder tener y hacer.

Con este destino de ser y con su deseo sexual constituido, el niño transita por la latencia hasta la adolescencia. No obstante le quedan las incógnitas del porqué de las normas y, en particular, el porqué de las prohibiciones. Mientras sigue necesitando de la protección de los padres, reprime estas incógnitas, arma algunas teorías como respuesta, pero básicamente sostiene la convicción de que "los adultos lo saben todo, tienen los secretos de todo y pueden todo porque saben todo"; de manera que, si espera con paciencia, cuando él llegue a ser adulto, ya no tendrá que soportar ni normas ni prohibiciones puestas por otros y podrá hacer todo lo que le plazca, igual que los padres, porque accederá a la posesión del saber de esas respuestas misteriosas, comprendiendo y manejando todos esos secretos. Esta convicción es el equivalente tranquilizador de aquella primera promesa narcisista, cuando el amor a sí mismo y el amor de los padres protegía contra la indefensión biológica innata y posibilitaba una tranquilidad llena de promesas.

Es así como se llega a la pubertad y a la adolescencia con esta convicción: que el saber todo con anticipación garantiza el poder. Pero pronto descubrirá que las cosas no resultan así.

Es de observación corriente que el adolescente busca compartir su vida cotidiana con otros adolescentes y no está en contacto en forma natural ni feliz con los adultos. Ni con los niños. A sus ojos, el mundo exterior parece ejercer sobre él una presión que juzga, con frecuencia, violenta, y de la que puede desear deshacerse con la misma violencia. Lo que ocurre es que él ve al mundo como una estructura política, organizada en sistema de clases, donde son los adultos los que pretenden tener el poder y retener el control del mundo, manipulando la información. Considera asimismo que los adultos logran esta posición privilegiada gracias a una especie de organización aristocrática que imponen (misma que, lamentablemente, a veces se le confirma) y no porque hayan adquirido conocimientos y capacidad a través de la experiencia; que están en posesión de algo que no tuvieron nunca el derecho a tener, pues descubre que se equivocan, no saben todo, son injustos, ellos mismos no cumplen con muchas de las normas que pretenden imponer, y que la finalidad principal de esta organización es preservar el "poder" contra todo atentado e intrusión. También el ejercicio de la actividad sexual es el indicador de este poder autoritario. En el otro extremo de este sistema de clases, el adolescente considera a los niños como "esclavos" o "siervos tontos" que creen en los adultos como si fuesen dioses y que viven en la ilusión de que los adultos lo saben todo, que tienen todos los conocimientos (Meltzer, 1998: 84, 85).

Esta es la razón de la muletilla que tienen los adolescentes de "boludo" (el que no sabe nada y que inocentemente ha

creído que los adultos sí) cuando hablan entre ellos.

Por tener esta concepción del mundo, el adolescente termina despreciando a ambos: adultos y niños. Dicha visión del mundo, en parte, se le confirma porque el mensaje y discurso social tiene como meta impedir todo cambio de los modelos instituidos. Por supuesto que para todos la referencia básica e inconsciente es el mandato y prohibición del incesto. Pero este mandato se hace extensivo a las normas e ideales también, si bien el individuo tendría mayor margen de libertad con respecto a estos últimos.

Así, la adolescencia resulta el periodo de lucha y descubrimiento de este margen de movilidad personal para las normas e ideales, siempre y cuando soporte renunciar a las promesas tanto de omnipotencia como de omnisciencia narcisistas, acatando la ley edípica. De esta forma, el éxito de ese esfuerzo personal depende también del grado de flexibilidad de las instituciones que rodean al adolescente, empezando por la familia en permitir el desarrollo de los indicios de autonomía en su pensamiento, y no subsumirlo en el sometimiento de paradigmas que le son ajenos, de obstruir cualquier posibilidad de tener interés y pensar con ideas distintas de las normas decididas por la familia y, más ampliamente, por la sociedad. El saber preconcebido es siempre traumático para el sujeto, porque le impide cualquier posibilidad de investir o pensar con ideas propias y distintas a las normas instauradas por los demás.

Estructuración-desestructuración-reestructuración del sistema de seguridad interna

De lo anterior se desprende que una buena diferenciación, una relativa libertad y estabilidad yoica ante los propios deseos y la

correspondiente necesidad de objeto, se da gracias al establecimiento de una estructura narcisista trófica. Existe una relación muy estrecha entre esta libertad parcial, la conciencia de identidad con las amenazas que pesan sobre ella, y la violencia.

La estructura narcisista trófica es aquella en la que, sin darse cuenta y en compañía adecuada del objeto, el *infans* va logrando resolver la paradoja que significa que para independizarse es necesario aceptar, primero, un tiempo suficientemente prolongado, la dependencia del objeto. Esta paradoja encierra una violencia potencial importante porque al principio es sentida como una contradicción o un doble discurso. La situación de lograr satisfacer las necesidades y obtener placer, debe sentirse que es posible como experiencia, no tanto quién es el autor. El niño se nutre del otro sin que tenga que pensar en la separación entre él y ese otro. Este objeto investido es progresivamente incluido en la calidad de su placer de funcionamiento, interiorizado y susceptible de ser reencontrado incluso en ausencia del objeto (P. Aulagnier, 1977). Porque, a decir verdad, el autor, una y otra vez, creará que es él mismo quien crea al objeto y la experiencia. Y es trófico para la relación que la madre sostenga constantemente esta creencia ilusoria (Winnicott, 1971). Mientras tanto, el niño tendrá las experiencias de una madre que, aunque se ausente, reaparecerá... O sea que se estructuran las bases de un narcisismo estable, donde el Yo del niño sentirá la seguridad interna de que el objeto necesario estará presente para muchas cosas que él necesite. Así se afianzará poco a poco el sentimiento de espera confiada, fundamento de la libertad.

Esta calidad del placer de funcionamiento es el reflejo de la respuesta del objeto en la que atempera la violencia natural de esa hambre de objetos y le confiere su dimensión libidinal, es decir, de ternura y

placer, así como la capacidad de ligar los deseos agresivos y destructivos (Ph. Jeammet, 2002). Sólo que la ambigüedad de la situación no tiene que ser desvelada.

Lo que percibe el bebé es una adecuación suficiente entre sus necesidades y su satisfacción sin que la cuestión de quién proviene cada cosa tenga que plantearse en el placer de este intercambio. Con la repetición frecuente de esta experiencia, el niño adquiere confianza en la llegada de la satisfacción, confianza en el objeto y en sí mismo, y se ponen las bases del narcisismo que se puede calificar de normal, que nace con esta relación de objeto en los momentos felices (Ph. Jeammet, 1998).

En caso contrario, se instalará el sentimiento o casi la convicción de que cada momento de flaqueza yoica y desequilibrio interno se debe a la apetencia por un objeto necesario y deseado pero frustrante, por eso peligroso y hostil, por lo cual es necesario aniquilarlo con violencia.

Cuanto más esté el sujeto en una espera apremiante, las respuestas del entorno son sentidas como amenazantes, potencialmente violentas y susceptibles de generar a su vez violencia. Mientras que un narcisismo trófico bien asentado permitirá que la convicción confiada por un buen objeto interno donde distinga como tal y sea más bien confundido con el placer de ser y de vivir del sujeto, y esto hará más libre y más flexible la relación con el objeto externo. Como tal, facilita el rechazo de los deseos incestuosos y facilita la elaboración del Edipo. Es el conjunto de las interiorizaciones y, sobre todo, las identificaciones secundarias las que se ven facilitadas y favorecen a su vez el reforzamiento del Yo. Así servirán de soporte para la constitución de las estructuras intrapsíquicas diferenciadas. Cuanto más se individualizan un Superyó y un Ideal del Yo, menos masivo y totalitario será el investimento de personas; por lo tanto, será

menos amenazante para el narcisismo (Ph. Jeammet, 2002).

Adolescencia

Una forma de pensar, a grandes pinceladas, el proceso de desarrollo del ser humano, es considerar que desde el nacimiento en adelante, ante cada oportunidad de cambio para adaptarse al medio y crecer transformándose, el sujeto debe aceptar que por cada paso adelante, como obtener algo, tiene un costo, y debe hacer el duelo por renunciar a algo de lo previamente obtenido para poder adquirir algo nuevo que, si es más y mejor aún. Por esta razón, como psicoanalistas, consideramos que el modelo del duelo nos orienta mucho en este tema del desarrollo del aparato psíquico. Sin embargo, podemos considerar también que cada paso hacia adelante implica enfrentar la paradoja de que para crecer y para adquirir más libertad e independencia cada vez, primero es necesario, sin importar la edad, aceptar depender del medio y especialmente de un objeto íntimo en particular que hará el papel de organizador y afianzador del *sí mismo* del sujeto, su apoyo narcisista. En caso del bebé humano será la madre; en el caso del adolescente su amigo íntimo y el grupo de pares. En las etapas posteriores hay distintos motivos de pérdida de los apoyos narcisistas y la búsqueda de nuevas formas de reaseguramientos y dominio de sí y/o del otro.

La independización aspirada es acelerada en la pubertad por la excitabilidad incestuosa y con el argumento de que los padres han traicionado con mostrarse y prometer omnipotencia al igual que omnisciencia, por lo que el adolescente renuncia a los apoyos narcisísticos que hasta ahora le daban su Superyó e Ideal del Yo infantiles bastante diferenciados durante la latencia. Ahora su Yo inseguro, frágil

e inestable siente otra vez violencia “por querer y no poder”. Entonces pretende compensar su impotencia e inseguridad dominando con violencia y acopiando objetos indiscriminadamente. Mas nuevamente se topa con la paradoja de que pretender libertad y seguridad es imposible de concretar. Semejante antagonismo no es percibido como tal por el sujeto. Nuevamente lo confunde con contradicción al resolver que también lo violenta. Es vivido y sufrido como un apremio por sus efectos; aun más en tanto que no se trata de conflictos entre deseos contradictorios, entre deseo y prohibición, sino de exigencias internas de distintas categorías, hasta que va aclarando el malentendido y acepta la paradoja como tal.

Puede haber diferentes factores que causen desequilibrio: tanto conmociones internas como cambios del entorno. El resultado es siempre una confusión entre el deseo, su objeto y el Yo porque habrá una pérdida de las diferencias internas. Así, a fin de cuentas, este exceso refleja el desequilibrio cualitativo entre el campo del narcisismo y el de lo relacional.

Al periodo de la adolescencia, habitualmente lo asociamos con “el despertar sexual” y el interés por las actividades sexuales. Para enfocar el problema con mayor precisión, deberíamos decir que es el periodo “con el interés de comprender el mundo desde las cuestiones sexuales”, de comprender el mundo desde los misterios relacionados con la sexualidad, esto es, el misterio de la intimidad con el cuerpo del sexo opuesto y el misterio de la reproducción. Para esta empresa descomunal, el sexo biológico y las hormonas son materia prima, pero lo que define la situación es la concepción de sí mismo y de los demás, así como de las relaciones intersubjetivas.

Recordemos que las concepciones narcisistas de omnipotencia y omnisciencia eran promesas ilusorias que coincidían

con la indefensión biológica innata, y eran su compensación. De manera que cada vez que hay un desequilibrio biológico, hay una necesidad incrementada de las fantasías narcisistas para compensarlo. O cada vez que hay una decepción narcisista importante, recrudescen temores referidos a una indefensión biológica. En la adolescencia se dan ambas descompensaciones conjugadas: confusiones en relación a los cambios biológicos imprevisibles y decepciones narcisistas que producen confusiones referidas a la comprensión del sí mismo y de los demás, así como de las normas e ideales. Por esa razón, la violencia y la agresividad como defensas están incrementadas en proporciones geométricas.

Un adolescente con fantasías o conductas agresivas está asustado porque, junto a las angustias persecutorias activadas defensivamente ante las confusiones por los cambios biológicos y los desconciertos sobre "qué soy / quién soy", existen otros dos subtipos: a) un código básico bajo el cual el sujeto se estructuró por identificación con padres que le presentaron los objetos y el mundo como peligrosos y atacantes; y la otra posibilidad, b) que el mundo circundante de objetos ataca realmente al adolescente, y no se trata de una mera fantasía del sujeto, aunque éste codifique lo externo en función de su mundo interno.

De modo que, resumiendo, podemos sostener que hay una relación dialéctica entre la violencia y la inseguridad interna, al igual que una necesidad de reafirmación y defensa del Yo mediante conductas de dominio sobre el otro y sobre sí mismo. Lo que le importa al adolescente es la satisfacción y el alivio que confiere el dominio y no el placer del intercambio con satisfacción compartida.

El objeto de dominio sólo es utilizado con fines narcisistas donde se niegan su subjetividad y sus diferencias. Está al

servicio del Yo, del que ejerce el dominio en respuesta a la amenaza cuando se siente, él mismo, objeto amenazado. No hay reconocimiento de la alteridad del violentado sino que es utilizado como prolongación del Yo. Es decir, la amenaza narcisista es clave para entender por qué el sujeto, sin poder pensar, echa mano de acciones de violencia contra el objeto externo o contra sí mismo. "Instaura brutalmente un proceso de separación, de corte, de diferenciación abrupta con el otro" (Ph. Jeammet, 2002).

Para esto es necesario que transcurre todo el tiempo de vida que llamamos adolescencia. Arrancar desde el malentendido de que es una contradicción y afirmación de doble discurso el que, para lograr una cierta libertad y autonomía, es necesario primero depender todo lo necesario de objetos externos que comprendan y toleren esta necesidad de afirmación narcisista, para finalmente poder aceptarla como una paradoja. Desde la desconfianza inmediata, lentamente lograr una espera confiada.

BIBLIOGRAFÍA

- ARYAN, A.** (1998). "Agresión, autoagresión, trasgresión y accidentofilia en la adolescencia". Presentado en el Hospital de Niños "Sor María Ludovica", La Plata.
- AULAGNIER, P.** (1977). *Violencia de la interpretación*. Amorrortu Ediciones, pp. 33-39.
- BARANGER, MADELEINE; BARANGER, WILLY; MOM, JORGE MARIO** (1983). "El trauma psíquico infantil, de nosotros a Freud: trauma puro, retroactividad y reconstrucción". *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, 1987. Vol. 44, núm. 4, pp. 745-774.
- BLEICHMAR, H.** (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Ediciones Paidós Ibérica, S.A.: Barcelona.
- BION, W.** (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Editorial Paidós (1975). Cap. XII, pp. 57-59.

- FREUD, S.** (1915). *Las pulsiones y sus destinos*. Amorrortu Editores, vol. 14, p. 113.
- _____. (1920). *Más allá del principio del placer*. Amorrortu Editores, vol. 18, p. 7.
- JEAMMET, P.** (1998). "Violencia y Narcisismo". Entrevista de Ariel Liberman. *Revista Psicoanálisis con niños y adolescentes*, Núm. 11, p. 54.
- _____. (2002). "Violencia en la adolescencia". XV Congreso de la Soc. Española de Psiquiatría y psicoterapia del niño y adolescente en Granada, España.
- KLEIN, M.** (1935). *Contribuciones al Psicoanálisis*. "Contribución a la Psicogénesis de los estados maniacodepresivos". Ediciones Hormé: Buenos Aires 1964, pp. 253-278.
- LACAN, J.** (1949). "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". *Lecturas estructuralistas de Freud*, Siglo XXI, 1971.
- MELTZER, D.** (1967). *Los estados sexuales de la mente*. Ediciones Kargieman: Buenos Aires, 1974, cap. 7 p. 97.
- MELTZER, DONALD, y HARRIS, M.** (1998). *Adolescencia*. Editorial Spatia: Buenos Aires, pp. 84, 85.
- WINNICOTT, D.** (1965). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós: Buenos Aires, 1993 p. 113-6.
- _____. (1971). *Realidad y Juego*. Granica Editor: Buenos Aires, 1972. -Cap. 1: "Objetos transicionales y fenómenos transicionales", pp. 27-32. -Cap. 9: "Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño", pp. 147-156.